

PATRIA CHICA

REVISTA DE ARTE Y CIENCIA

Brozas 8 Enero 1910



Año I.—Núm. 1.º



2
17.14014 28

Manuel...

EL RECUERDO



No había andado Juana la mitad del camino hacia la viña, con un cesto de mimbres al cuadril, cuando entre las encinas de la sierra, se presentó Chuco de sopetón, diciendo:

—Mia tú, Reina, vengo escapao porque te vide llegar desde las pizarreras donde tengo la cabra.

Te quió decir una cosa. Mañana ya sabes que me voy á la ziadá, á la melicia; pues vélaquí lo que traigo.

Chuco entregó un papel á su novia.

—¡Calla! ¿Y quién es este santo?... ¡Eres tú! exclamó ella admirada.

—Y toos qu'es verdá... Y que m'a retratao el señorito ese, amigo del amo, ca venío de temporá al cortijo. Le trompecé ayer tarde en la ermita, pintando toa la fáchá y toos los árboles y too... Liamos un cigarro, y aluego dijo que quería retratarme; yo le dije que bueno; me puso el garrote asina, como estás viendo ahí, y en menos de na, que toma, que deja, que vaya p'arriba, que vaya p'abajo, ya tenía too el muñeco formao. Iba á largarse después de hablar un rato, cuando sin saber por qué, me acordé de tí. ¿Por qué no

me había de hacer otro retrato pa tí?... Se lo dije lo mesmo que lo pensaba, y él, que debe ser mu largo, se echó á reir y lo hizo enseguida. Ese es, Reina, pa que lo guardes mientras ando yo por esos mundos... Pues, bueno; yo no he dormío ni miaja en toa la noche pensando al respetive qu'es menester que tú me dés también un retrato.

—Y yó... ¿cómo?—preguntó Juana dejando de mirar el de Chuco.

—Escucha, asina; vete en cuatro brinco á la alamea de la Tabla Grande del río, que allí se paró don Luís hace un poco, al salir el sol, y ha preparaao los chismes como pa pintar el molinillo, y amáñate pa ve como pué retratarte. Anda, Reina, no me voy á ser sordao si al llevaros esta noche la jarra de leche no me le tienes. ¿Lo oyes? Que se me ha metío en la chola, y no me voy aunque sea pa dar en un presillo.

—¡Gran Dios! ¿Y con qué cara iba la Reina á presentarse á don Luís, sin haberle hablado una vez siquiera?

Chuco adivinó esta idea; pero adoptó un aire resuelto preguntando:

—¿No irás?

Juana permaneció muda.

—¿Que no?—insistió el cabrero con su extremeña terquedad.

Y como su novia continuaba en silencio, echóse el garrote al hombro, se acercó á ella, hizo una cruz, y después de decir: «Por ésta, que me llévan á presillo», se las tocó á paso largo, dejándola atónita é inmóvil.

La Reina (mote que Juana había heredado de su madre, á quien se lo dieron por limpia y buena moza), se llenó de pena, comprendiendo que Chuco cumpliría su promesa al pie de la letra. Tras algunos momentos de duda, se enjugó los ojos y miró al valle, donde se divisaba el umbróso follaje de la ribera; suspiró, y alegre al poco—que para algo habían de servirle sus diecisiete años,—partió ligera como una saeta hacia la Tabla Grande.

¡Bah! ¡Si no conocía al señorito Luís, tampoco, tampoco iba á pedirle un reino! Entre corriendo y andando, cruzó el encinado, salvó el puente del arroyo, dejóse atrás la huerta y los pinares, y agazapándose en la pradera para esquivarse del tío Juan, que volvía del lugar con el carro, entró por fin en la alameda, recorriéndola hasta darse de manos á boca, ó punto menos, con el pintor, que de pie junto á la silla de tijera, tenía delante un caballete. Juana se paró, y arrepentida, trató de esconderse. Pero el señorito Luís la había visto ya; era inútil... Entonces lanzando una imperceptible carcajada; á un tiempo medrosa y atrevida, roja como una grana, se acercó á él, soltó el covanillo, y clavando los ojos en el suelo, exclamó casi sin voz:

—Yo... soy la novia de Chuco.

El señorito Luís había soltado los pinceles y miraba con sorpresa á la recién llegada.

—¿De Chuco?... ¿Qué Chuco, hija?—preguntó en el colmo de la extrañeza.

No conocía á Juana, que habitaba en el cobertijo, las dependencias de la servidumbre.

—De Chuco el cabrero, del que usted pintó ayer en la sierra de la ermita—añadió Juana.

—¡Aguarda! ¡Con que tú eres!... Pues tiene Chuco una novia como una perla,—murmuró el joven sonriendo.—Bueno, mujer, tú dirás lo que deseas.

Al escuchar Juana el elogio, levantó la mirada hacia el señorito Luís... y la, bajó viendo que sus ojos derramaban sobre ella un incendio. Sin embargo, aquella flor y aquella jovialidad diéronla aliento para continuar.

—Sí, me lo dijo. Por eso me pidió un retrato para dejártelo. ¿No te lo ha dado?

—Vélaquí usted, me lo ha dao ahora que me encontró cuando iba yo por uvas á la viña; y dijo que viniera al vuelo en busca de usted... porque me hizo la cruz pa no dirse más que atao, en tantí yo no me diera maña pa... darle otro retrato que usted me haga.

—¡Bravo! Si no es más que por eso, no hay que atarlo, porque no desairaré nunca á una muchacha tan salada.

—Siéntate, ¡Esto va á ser á escape! Y á fé que me alegro, pues así estarás en mi álbum junto á él.

La noticia arrancó á Juana, que estaba rabiando por reir, una carcajada de alegría.

—Oye, dijo Luís, en cuanto preparó los lápices y el álbum,—tú eres muy guapa y quiero hacer un retrato bonito. Así no estás bien; en vez de continuar sentada vas á echarte; saldrás mejor. Tu retrato será todo un cuadro.

Así diciendo, la levantó del cesto, se lo puso de cabecera, obligándola á adoptar una postura caprichosa, le cruzó los pies después de acostarla de lado y la hizo reclinar la cabeza sobre un brazo y rodeársela con el otro. Satisfecho de la actitud de la joven, que temblaba á su contacto y seguía con recelo en los ojos y el carmin en la cara esta maniobra, se fué á la silla sonriendo, sobrecogido por la inspiración de la belleza extraordinaria de la Reina.

Dibujaba Luís con el arrobamiento del artista que se deja absorber por su obra, y una tras otra, sin saberlo, dejaba escapar frases de admiración ardiente cada vez que su análisis descubría un tesoro de los mil de la belleza á la par atrevida y delicada de la Reina... ¡Sus palabras clavábanse en el corazón de Juana como flechas de oro!... Y Juana (¿por qué no decirlo?) empezaba á impresionarse... Veía en el pintor la adoración á su hermosura, y ella, que siendo mujer nunca había sido admirada, no se daba cuenta, la pobre, de que el amor principia así. El amor, es decir, algo grande, algo que jamás sintió junto á Chuco, en su cariño de hermano,

descuidadote y tranquilo, cuyas raíces se perdían en el trato de la infancia...

Bien visto, el señorito Luis era un caballero mozo; tendría veinticinco años, y Juana en su vida estuvo al pie de un hombre tan guapo, tan simpático, tan amable... ¡Vaya si sabía decir unas cosas!...

Decididamente, ella se encontraba á gusto en la alameda. Hasta el misterio del sitio, que al pronto le había causado un vago temor, comenzaba á placerle. Un vientecillo juguetón rizaba la amplia superficie del agua, prendiendo el sol en cabrilco; de oro y haciendo temblar en la opuesta orilla la imagen de los pintores-

cos matorrales de espinos y adelfos que la bordeaban, por detrás de los cuales el cielo extendía su fondo de puro azul. En mitad del río, como una gaviota nadando, se destacaba la casita blanca del molino, al extremo de una isleta vestida de sauces, cuyas ramas colganderas se derramaban y mecían con languidez sobre la corriente apacible. Exceptuando el rumor lejano de la presa, el susurro de las hojas y el atronador ruido de los pájaros en los árboles, nada turbaba allí el silencio, si es que del silencio no son también las armonías de las brisas, de las aves y de las ondas.

Solo necesitaba ya los últimos toques el



dibujo; Luis lo terminó mientras decía con su acento medio apasionado y medio ligero:

—¡Oh, chiquillal ¡Si te vieras á tí misma!... Eres inimitable... Qué diantre, la suerte anda muy mal repartida; de andar mejor, tú estarías donde tu hermosura fuese el encanto de todos. Mujeres como tú no debían nacer para morir como las margaritas del campo; no admito, no concibo que Dios haya creado cosa tan linda para esconderla... ¡Ea!, ven á ver ésto; ya se acabó.

Juana se levantó y recibió el álbum que mostraba Luis, poniéndose á contemplar

el retrato con curiosidad. Se agradaba á sí misma. Nunca había tenido ocasión de mirarse en un espejo mayor que la palma de la mano, y no sabía cuánta era la gentileza de su talle. Dudaba de que la hermosura aquella fuese un reflejo de la suya; el señorito Luis, sin duda, había hecho la imágen tan graciosa únicamente por halagarla.

—¿Esta soy yo?—preguntó al fin.

—Eso creo. Chuco gana contigo el ciento por ciento. ¡Qué diablo, no has sabido escoger novio! ¡Qué muchacha más tonta! Ahora voy con la copia para él; trae el álbum.

Por segunda vez colocó Luis bajo su lápiz un papel blanco, empezando á copiar el boceto, del que pensaba hacer despacio una preciosa acuarela. La Reina no se saciaba de mirarlo. Por encima del hombro del joven, rozándole alguna vez con los cabellos, observaba la soltura con que trazaba líneas que iban reproduciéndose.

En su propia cara sentía Luis respirar á Juana, que absorta en la contemplación, no tenía conciencia de otra cosa. Luis sufría. El aliento aquel le deleitaba como el perfume purísimo é intenso de la flor de jara en las siestas de la solitaria mañana. «Cuando ya esté hecha la acuarela, pensaba, le pondré un título que será un perfecto recuerdo: *Tentación*.

De improviso, alargando el papel y volviéndose, dijo:

—Toma.

Y le dió el retrato... y un beso que estalló como una palmada en la purpúrea mejilla de la Reina.

La sangre toda afluyó al rostro de la muchacha. Sintió que se desvanecía, pero se repuso, y sin pronunciar palabra, rápida como la luz, llevando el retrato en la mano y arrebatando el cesto al pasar, desapareció entre los álamos.

Cuenta la fama (es decir, no lo cuenta la fama, porque es un secreto que sólo puede contar la que lo guarda), que hará tres meses, la noche de la boda de la Reina y Chuco, cuando los amigos de aquella atribuían su llanto á las naturales cosas que hacen llorar en estas ocasiones, ella oprimía contra su corazón el retrato trazado en la alameda de la Tabla Grande del río, y suspiraba acariciando los recuerdos indelebles de las impresiones sentidas y de las palabras del pintor, que habían hecho desfilas ante sus ojos fugaces visiones más brillantes que una lluvia de estrellas.

Felipe Trigo.

(Dibujo de Varona).



¡CINCUENTA!



Salud.

Aquí está nuestra revista y tras sus páginas, en estos momentos tupidos cortinajes, husmean sus humildes redactores el rostro del lector, mientras en los suyos se dibujan grotescas muecas de alegría y espanto, como en el circo podrían marcarse en el almidonado de Arlequín.

PATRIA CHICA aparece hoy y acarrea la vana ilusión de llenar un vacío ¡como es muy joven, aún no conoce lo amargo de las caídas! Tal como hoy es aparecerá siempre si su vida mustia ha de de deslizarse sin derrotero fijo, como las flores secas que arrastra el viento otoñal; mil veces me oí si la hacen próspera y lisonjera sus lectores, si ninguna de ambas cosas sucediera, morirá oculta, aislada en nuestra región sin quedar más recuerdo que el que grabó en la memoria de un par de artistas que abogan por su sér.

Por eso hoy PATRIA CHICA, después de recitar con énfasis—cual comiquillo malo—su breve monólogo, no hace más que una cortés reverencia, que es saludo á la prensa y al público y se retira por el foro.

Ala dicen que es grande, y como tal sabrá lo que el destino le depara tras él.

¿Cuál es el pié más pequeño de España?

Pronto lo sabréis, bellas lectoras, sin más que seguir el paso del concurso que con este título abrió nuestra gran revista *Blanco y Negro*.

Me figuro que aunque el concurso es de piés, el jurado va á andar de cabeza en busca de las concursantes que hacen gala de tan lindo adorno.

No discutamos el concurso, apreciemos solo su originalidad y anticipo que la gran revista citada pondrá en breve *en circulación*, como antítesis, este otro no menos original, aunque algo más nutrido será el número de los aspirantes al premio.

El de las manos largas.,.

Y aquí tiene un sultán 40 moras (Música del «Perro Chico»).

Ya lo saben ustedes, nuestro *ilustre* huésped en la Corte, todo un señor Embajador, que piensa escribir para el año próximo la guía de Madrid, mandó á pedir á sus tierras una remesa de 4 moritas (?) y en gran velocidad llegaron á la villa del Oso y de lo otro.

Los diarios no dicen todavía si han venido para activar las negociaciones, aunque hay quien supone que entre todas llevarán bien la pesada carga.

Usted ¿qué opina?

¿Yo?... ¡que magras!

Los Reyes. Los Santos Reyes.

Han venido los Reyes Magos y estos tres personajes de corazón inmenso, han querido proporcionar su óbolo á nuestra infantita—no crean ustedes que para su natural economía ha recibido aprobada ya la reforma de Correos y Telégrafos, eso no corre prisa y ya vendrá cuando se sucedan siete ú ocho gobiernos—pensaron noblemente los Magos y su estrella luciente los condujo al *palacio* de nuestra redacción; lamentaron allí que nuestra revista no hubiera aún nacido, mas tras leve consejo, el egregio tribunal en vista de que su cuerpecito ya estaba formado, que solamente un soplo era preciso para que al revolotear sus cuartillas formaran un alma, acordó dedicarnos un presente y momentos después de introducirse una mano negra por los hierros de nuestra reja y depositar algo sobre nuestra mesa, las pisadas de sus camellos indicaron su fuga veloz...

Olor de incienso, suave perfume de mirra y ámbar sorprendió á la mañana siguiente nuestra entrada en la redacción; fijamos la vista en el misterioso paquetito, ¡qué horror, señor Alanís! y el más audaz de nosotros procedió á su reconoci-

miento y vió que un pergamino decía así: «Los Magos á PATRIA CHICA. Aquí encontrareis el secreto de la prosperidad de la revista.—Melchor.» (Siguen las firmas).

Estrechamos el corro alrededor del redactor intrépido y comenzó á deshacerse el envoltorio; virutas, papel de envolver, serrín de corcho y, á lo último...

A lo último un trozo de espejo que reflejó nuestro semblante estupefacto.

iii El Gacetillero!!!, diario de la mañana.

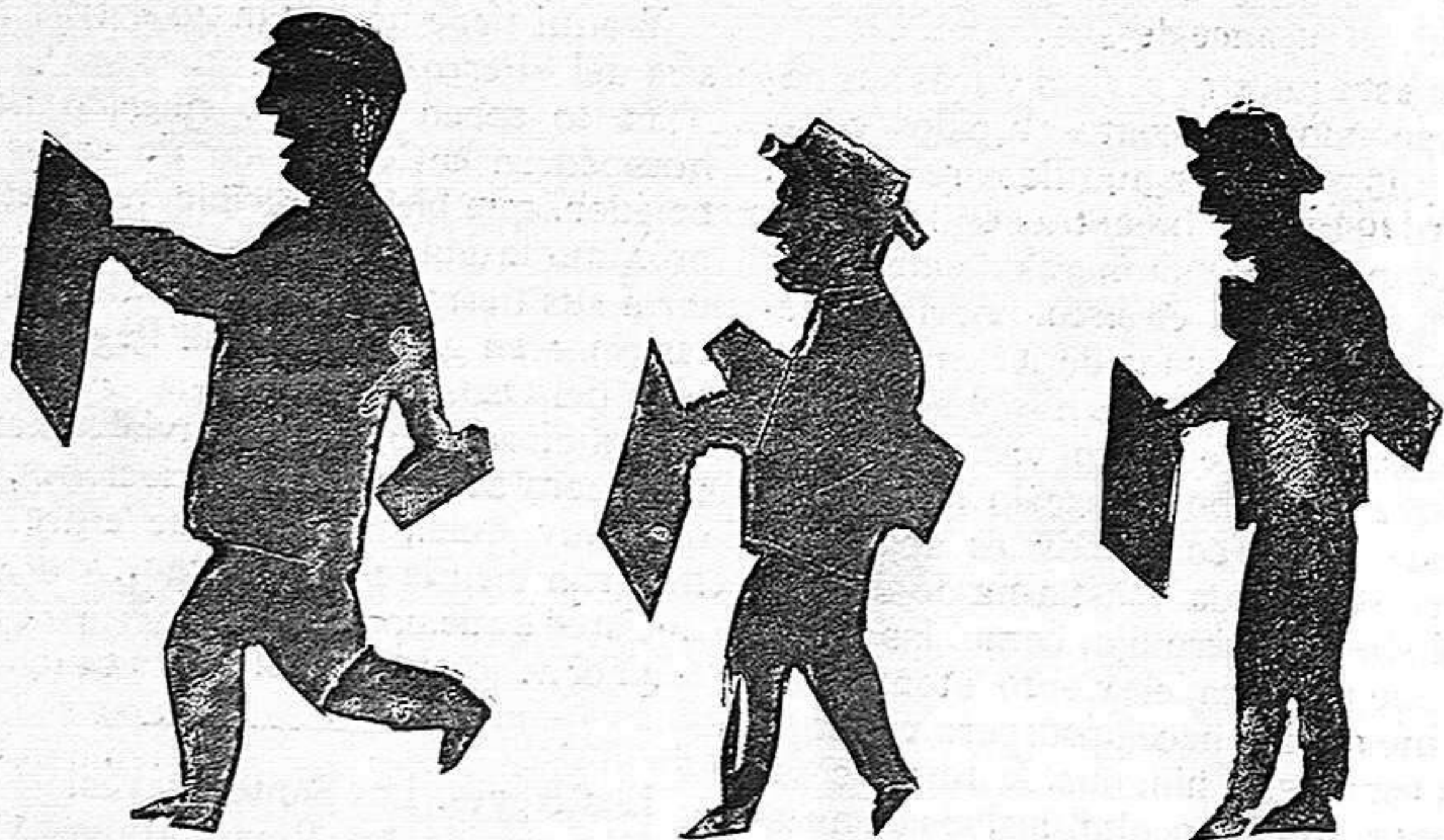
iii El Conservador!!!, diario político de la tarde.

iii El Capelo!!!, diario católico de la noche.

iii El Murcié'ago!!!, diario de entre dos luces.

iii El!!!

(Fiebre rotativa cacereña, 40° 3' á la sombra).



Y apropósito de tanto diario se me ocurre copiar la frase de un amigo.

Se le comunicaba la aparición de un nuevo periódico; un orador reporteril le daba cuenta de sus nuevos rumbos en política, administración, ciencia, literatura, de su servicio telegráfico, de las condiciones inmejorables de su diario.

Mi consecuente amigo, que soportó impávido tal chaparrón, aprovechando un momento de descanso que el orador hizo para recuperar fuerzas perdidas, le preguntó impasible:

—Bueno, ¿y contra quién?

Por mi parte, á tanto no me atrevo, pero sí que cavilo y pienso y más pienso y cavilo la utilidad de tanto diario en una capital como la nuestra; pero, nada, no caigo. ¡Ah!, sí caigo; ha sido un momento de verdadera lucidez, traen un fin, aunque muy discutible su ventaja, ó, si no lo traen, lo han conseguido sin proponérselo.....

Que *El Noticiero* retire de su titular que es el único diario de la provincia. Algo es algo.

Pierrot.



Acción de los rayos X sobre el organismo enfermo

Es cuestión poco discutida, á pesar de las analogías que guarda con las modificaciones producidas por la acción radioterápica sobre el organismo enfermo.

El conocimiento de la radioterapia, nos instruye sobre el valor del tratamiento y nos da idea del alcance de sus indicaciones terapéuticas.

La intensidad de las modificaciones de la sangre, y la evolución de algunas de sus enfermedades, bajo la influencia de la radioterapia, son fenómenos que deben llamarme la atención para estudiar, aunque de una manera muy general, su acción fisiológica y terapéutica.

Si me es permitido establecer analogías, puedo decir que la radioterapia tiene su sitio encostrado en una clasificación que tendría por base la acción farmacodinámica de los medicamentos. Obra como un cáustico orgánico, al modo de arsénico, pareciéndose por su acción, sus indicaciones terapéuticas y aun las mismas complicaciones que pueda arrastrar.

Entiendo con el nombre de cáustico orgánico, un cáustico de naturaleza especial que no obra brutalmente sobre todo tejido muerto ó vivo, pero que por su acción exclusivamente vital, provoca la destrucción de los elementos vivos, produciendo la necrosis. La diferencia que tiene con el arsénico, es que éste es un medicamento de superficie, y por lo tanto, su acción en la profundidad muy limitada; mientras que las radioterápicas primitivas ó secundarias, se reducen á la cistolisis y á la histólisis.

La acción cistolística, se ejerce poco sobre las células vivas dotadas de gran actividad, su acción es mayor en las células cuya actividad está disminuída. No ocurre lo mismo con el arsénico, que obra muy poco sobre los tejidos vivos, y posee una acción electiva sobre las células degeneradas.

Sobre este punto, estoy conforme con la opinión de M. Béclere que dice: «Existe una gran diferencia en la sensibilidad de diversos elementos celulares, enfrente de una misma cantidad de rayos Röntgen, tanto, que es legitimo hablar por los tejidos sanos y los tejidos mórvidos de la ac-

ción electiva en sus rayos.» Sin embargo, esta opinión no explica el considerable aumento de leucocitos, observados inmediatamente después de aplicar los rayos á los leucémicos; aumento muy bien señalado y estudiado por Aubertin.

Nada de esto debe extrañarnos refiriéndonos á las modificaciones en los tejidos superficiales, después de la aplicación de los rayos Röntgen.

Scholtz dice: «Después de una irradiación muy fuerte, la degeneración celular es muy pronunciada; los leucocitos se dirigen en marcha y ayudan á la destrucción completa del tejido alterado». Así se explican algunos fenómenos observados en los leucémicos tratados, consistiendo en la aparición inmediata de una polinucleosis vulgar, que marcha á la par con las alteraciones leucocíticas, cede rápidamente para dejar comprobada la decadencia de los glóbulos blancos, y repitiendo las sesiones, el número de los elementos enfermos disminuye.

Entre los elementos de sangre que son atacados por los rayos Röntgen, hay que señalar, y esto se prueba fácilmente, los glóbulos blancos, y entre estos, ciertas formas que parece presentan una sensibilidad muy especial. Son los que de costumbre no se encuentran en la sangre, y para quienes la sangre no parece constituir la mejor norma, así es, que en el curso de los leucemios, la célula es destruída enseguida y esta desaparición permite á la forma leucocítica acercarse á su tipo fisiológico. En los leucemios linfáticos la destrucción celular es también de las más rápidas, y esto quien mejor lo ha comprobado ha sido Beaujard.

Podría decirse, que no se trata de elementos normales de la sangre, y extrañarse de que una acción electiva pueda operar sobre ella sin haber sido atacada por la irradioterapia en la sangre buena.

El punto quizá más importante de este tratamiento, es la incostancia de la acción terapéutica de los rayos Röntgen.

La acción de los rayos X, es nula, en la leucemia aguda, clínica y hematológicamente considerada, en las formas subagudas, las modificaciones hematológicas

son evidentes, y la disminución de tumores también, pero la muerte no se evita en general; la causa puede ser la difusión del desarrollo. En las formas crónicas, la evolución es siempre influida favorablemente, siendo muy rara la terminación por muerte. La acción de la radioterapia sobre los glóbulos rojos, fuera de las leucemias, es una acción débil comparada con la anterior, y si pudiera limitarse á una regeneración, lo haría embrolladamente y seguido de un desarrollo hematológico grande.

Las alteraciones determinadas por los rayos Röntgen, son de naturaleza histológica; hinchazón del hueso, pérdida de su poder colorante protoplasmático, y aquí también las células primeras atacadas son: las células menos vitales, los elementos normales de los tejidos, presentando una resistencia más grande á la acción de los rayos.

Se sabe que tratándose de neoplasmos cutáneos, la acción se ejerce primero en las células atípicas errantes ó diseminadas, para atacar enseguida los focos epitelomatosos, que en la mayor parte de los casos pueden destruirse completamente.

Se puede asegurar, que habrá una acción fácil de comprobar, que no se ha conseguido con ningún otro agente terapéutico, y debido á la radioterapia ataca focos, que el arsénico ó cualquier otro cáustico deja completamente indemnes. Que las recidivas son posible en el curso de las leucemias, no es dudoso, ha sido comprobado multitud de veces, y la desaparición de tumores ganglionales es una prueba que estamos viendo constantemente.

En la leucemia milítica, son idénticas las modificaciones habituales; solo nos falta saber si pueden llegar á la destrucción de todos los focos mórbidos.

En cuanto á la oportunidad del tratamiento, entiendo que la radioterapia debe ser aplicada, en todos los casos en que se compruebe en la sangre alteración leucémica, cualquiera que sea la forma hematológica y clínica de estas alteraciones.

Si como M. Belot, consideramos la radioterapia como un medicamento específi-

co de la leucemia, hay (como él lo propone) que irradiar desatinadamente. Pero en esto, ¿hay ventaja ó no hay peligro? Este es el punto más importante y el que presenta más interés para el médico. Yo creo en el peligro posible de las irradiaciones demasiado largas.

Citaré un caso muy instructivo ocurrido á M. Grosh y Stone (*Journ of the Amer. med.*, 1904), y que debe servirnos de advertencia, en que el enfermo murió bruscamente, cuando estaba hematológicamente curado.

Las sesiones de irradiación le fueron repetidas de un modo inacostumbrado, la autopsia dejó ver todas las lesiones habituales en la leucemia mielógena. El medicamento había ejercido, según se esperaba, su acción sintomática celular, y había influido muy imperfectamente en las lesiones específicas de la enfermedad.

La radioterapia, como se vé, puede dar lugar á accidentes graves y hasta mortales, por irradiaciones muy intensas ó mal dirigidas.

Yo conozco un caso tratado por una persona que no era Médico; me refiero á un enfermo atacado de leucemia mielógena, en el cual el tratamiento radioterápico dió excelentes resultados, pero por abusar de las irradiaciones, se vió casi de repente transformarse esta leucemia, en leucemia linfática con invasión en la sangre de elementos mononucleares no granulados, al mismo tiempo que los ganglios aumentaban de volumen.

Puede asegurarse, á pesar de todo, que si la radioterapia no impide la muerte, nada autoriza á admitir que la provoque.

Hay un momento crítico en que la acción radioterápica debe de cesar, pues puede haber peligro si se vá más lejos, y este momento es en el que la forma hematológica se acerca á la normal cuantitativa y cualitativamente.

A punto fijo, el mejoramiento manifiesto tal como ningún otro tratamiento ha producido, permite recomendar el tratamiento radioterápico, seguido metódicamente.

Francisco Eguren.

Director del Instituto Electro-Médico de Valladolid.





PAISAJES DEL CORAZÓN

FELINA

Un sol tibio. Una tarde propicia á los amores. Y en un balcón de flores tu cuerpo, que es alarde de esbeltez.

Como un nardo florecido, tu talle se enarca. Hacia la calle en la baranda inclinas las manos cristalinas que son como palomas. Y á las lomas señoriles de tus caderas amplias, se sube un gato pardo. Gentiles tus perfiles sustentan, cual en regio trono, al gato que quieres. Y tu eres como el símbolo de un raro sorti-
(legio.

Tu voz de reina y diosa melodiosa, grita al gato. —¡Marino!... y él oye tu divino ruego, pero estóico y ladino se relame y se vuelve á sentar luego.

¡Oh, mujer tentadora! La carne pecadora exuberante y moza de tus caderas sale en un ardiente arco, de tu estrecha cintura. Y es el marco de espléndido paisaje que cubres con tu traje de suprema elegancia.

Ahora tu faz divina la tigresca fragancia del gato señoril asimila.

Gentil cual siempre y peregrina es tu imagen sutil. Pero así—primavera mía—eres más de marfil, eres más de poesía, eres más placentera y ardiente, más estatua, más mármol, más pristina y más reina, más diosa... Así eres más hermosa y así eres más felina.

Julio Acha.



ASERRA INTELLECTUAL

LIBROS, TEATROS Y ARTE

«Los inadaptados», por Carmen de Burgos
(Colombine)

Colombine, la escritora admirada en España entera, ha publicado una novela en que no se sabe qué vale más, valiendo todo muchísimo: si la preciosidad del estilo ó lo interesante de la narración.

Rodaquildas, lugar de Andalucía, es descrito por *Colombine* de un modo maravilloso. Lo presenta como un valle exento de los progresos de la civilización y en que sus habitantes, dedicados á la agricultura, viven felices hasta que el progreso penetra en aquel rincón del paraíso. Describe de un modo magistral los personajes. Pinta con vivísimos colores á sus heroínas, y sólo un espíritu como el de *Colombine* puede hacer que las escenas, por su áurea pluma retratadas, revistan la fuerza de lo sentido, de lo que se vé, de lo que palpita en la vida real. Punto por punto, página por página, todo el libro está trazado por mano maestra, sentido por gran corazón susceptible de abrigar las más opuestas pasiones, pues si al trasladar al papel las que *Colombine* idea parece poseerlas, al dejar la pluma, *Colombine* es mujer de un talento grande y sólo tiene una, la de los libros, la de comunicar á sus lectores el caudal inagotable de sus profundos pensamientos, de tal manera, que con ellos se compenetran, y ésto es lo que ha logrado con su reciente novela «Los inadaptados», que ha sido acogida con entusiasmo grande.

nado en el teatro de la Porte Saint-Martin de París y traducido á nuestro idioma por Ricardo Blasco, con el título «El drama de los venenos», es el acontecimiento literario teatral de nuestra villa y corte.

Ricardo Blasco, recogiendo antecedentes históricos que figuran en la obra francesa, ha conseguido traer á la escena española un melodrama de gran interés.

La marquesa de Montespan, en un tiempo preferida del rey, se vé suplantada por la duquesa de la Fontanges, sintiendo terribles celos que la inducen á tomar cruel venganza, para lo cual la marquesa acude á la adivinadora la Voisin, que indica como medios para lograr su privanza, el celebrar la *misa negra* y el empleo de unos polvos que en una bebida le serán dados á la duquesa.

Todo está preparado, y la marquesa decidida asiste á la celebración de la misa en la que actúa como acólito el abate Griffard, que astuto, procura sacar partido, pues al darse cuenta de la calidad de la dama y para probar en su día su complicidad, deja caer sobre su hombro una gota de cera de la vela que sostiene, la que produce una quemadura, que será el distintivo de su maldad. La señorita D'ormoire, camarista de la duquesa, que por su mala fortuna acudió aquella misma noche á casa de la Voisin, es acusada por los jueces del envenenamiento de la duquesa y conducida á la Bastilla, donde terminará sus días si el abate Griffard, compadecido de ella y atento á su conveniencia, no hiciera su defensa probando al rey que la marquesa de Montespan fué la envenenadora de la duquesa y la que preparaba su muerte. El abate Griffard,

En la Biblioteca: «El drama de los venenos»

El drama *L'affaire des poisons*, estre-

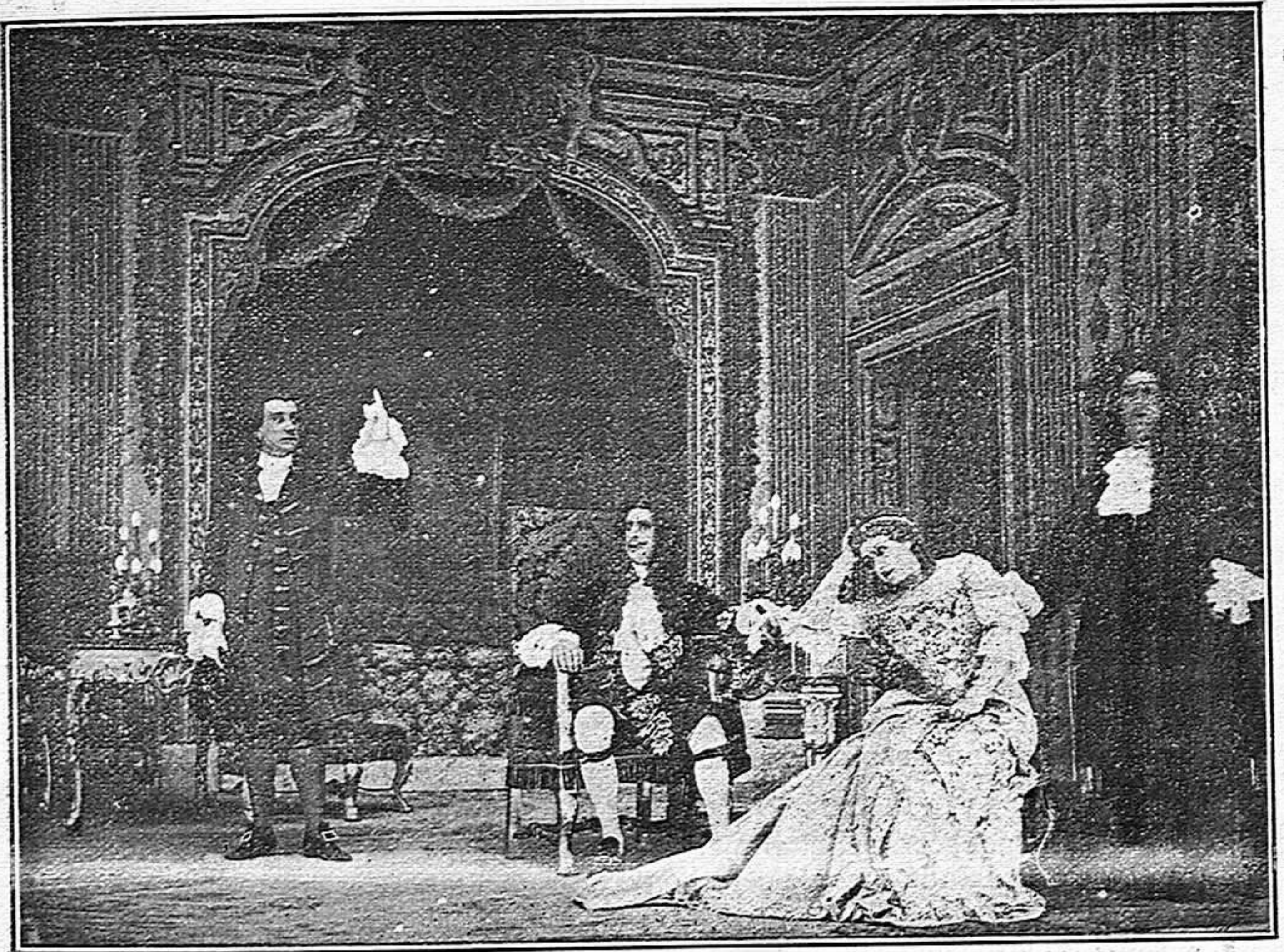
cuya osadía le lleva hasta las gradas del mismo trono, ve colmados sus deseos perdiendo definitivamente á la marquesa y siendo nombrado por el rey bibliotecario de palacio, con lo cual compra su silencio.

El insigne director del teatro de la Princesa, Fernando Díaz de Mendoza, hizo un abate encantador, demostrando una vez más su talento, que en todas sus obras se revela de un modo extraordinario.

Elena Salvador, en su papel de marquesa, hermosísima, y una gran actriz,

vestida con lujo desmedido. La señora Bárcena, cosechando con justicia diariamente aplausos entusiastas, y la señorita Riquelme, admirable en la duquesa de Fontanges. Mariano Díaz de Mendoza hecho un Luis XIV tal como en realidad pudiera ser, y los señores Alarcón, que debutó en esta obra quedando á gran altura, Juste, Martínez Tovas, Carsí y Círrera, muy bien.

La obra presentada con una riqueza extraordinaria, tal como la compañía Guerrero Mendoza lo sabe hacer.



Una escena del acto 5.º—Sra. Salvador y Sres. Díaz de Mendoza (D. Fernando y D. Mariano)

Agustin Querol

El gran maestro del arte, el gran luchador, dejó de existir el mes pasado.

Nació Querol el año 1863, contando, al morir, cuarenta y seis años. ¡Por lo visto el cielo necesitaba escultores para las divinas obras!

«La Bailaora», de Benlliure

Mariano Benlliure ha terminado una figura destinada al Centro Español de Buenos Aires.

Hecha en mármol de Savanezza, el maestro presenta una gitana que sonríe, subida en un tablado, y mira picarescamente al público mostrando la pierna y un pie lindísimo.

La obra es magnífica y, al mirarla, causa la sensación de la realidad; parece como que de la pequeña boca de la *bailaora* van á salir palabras que enamoran.

La última concepción de Benlliure vale una fortuna.

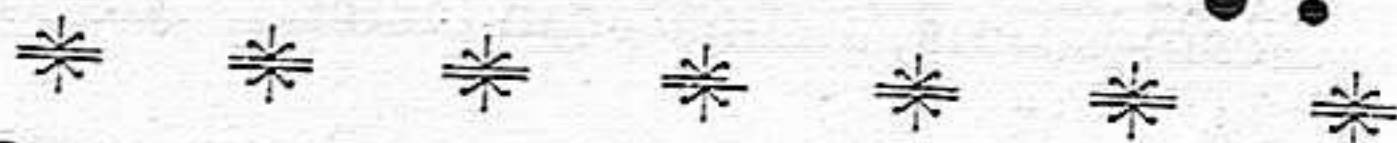
Un madrileño.

* Primer concurso de = Patria Chica

Certamen literario

PREMIOS

Un objeto de arte



100 pesetas



Un objeto de arte



PATRIA CHICA inaugura con su publicación el primer concurso de la serie que tiene estudiada para premiar tres cuentos inéditos y originales con libertad de asunto y bajo las siguientes condiciones:

A) Los originales no tendrán mayor extensión que la correspondiente á tres páginas y media de esta revista y dentro de ella cualquiera que el autor compusiere.

B) Los trabajos serán remitidos á la dirección de PATRIA CHICA, Brozas (Cáceres), sin firma, con la inscripción «Certamen» y señalados con un lema que será el mismo que figure en el exterior del sobre que encierre el nombre y domicilio del autor.

B²) Los concursantes que desearan recibo particular de su envío, lo harán constar expresamente en cuartilla aparte, indicando las señas para ello. No gozarán de este derecho los autores de la localidad.

C) La redacción de PATRIA CHICA leerá los originales y dará cuenta en sus columnas de los rechazados y admitidos, señalándolos con su título y lema.

D) Los cuentos admitidos para el certamen serán publicados é ilustrados por esta revista, figurando con ellos el nombre de su autor, que desde este momento reunirá condiciones para aspirar á la

ADJUDICACIÓN DE PREMIOS

E) Al publicarse el primer cuento admitido, acompañará á esta revista un cupón que concede derecho de un voto á favor del cuento del concurso que se desee, y que una vez relleno será remitido á esta redacción.

F) Terminado con previo anuncio el plazo de admisión de cupones, se procederá á su recuento, y al publicar su resultado se enviarán los cuatro primeros lugares del escrutinio á un jurado, que no será conocido hasta después de emitir su fallo y el cual distribuirá entre ellos los tres premios en la forma que acordaren.

G) No podrá el jurado dividir el premio en metálico ni dejar de adjudicar más de uno de los tres que esta revista concede.

H) Los originales no admitidos, así como los sobres que contengan los nombres de los autores, quedarán á disposición de quien los reclame, acompañando el recibo si lo solicitó, ó en otro caso justificando su pertenencia con copia de la primera cuartilla del original.

I) No se autoriza á esta redacción para presentar trabajos al certamen.

J) El plazo para la admisión de trabajos comienza con esta fecha y se cerrará al finalizar la última de Marzo próximo venidero.

Brozas 8 de Enero de 1910. — S. Burgos de Orellana.

